



Las perfecciones invisibles
de Dios se han hecho visibles,
despues de la creacion, por
el conocimiento que de ellas
nos dan las criaturas. S. Pa-
blo epistola á los romanos,
cap. 1.^o, v. 20.



La naturaleza, dijo el señor
cura, es el libro en que mejor
podemos aprender los atributos
y perfecciones del criador; me-
nester es no tener ojos para no
leer en él la eternidad, inmensi-
dad, omnipotencia y suma sabi-

duria del supremo hacedor. En efecto, queridos míos, este ser supremo, que ha sido la causa y principio de todo cuanto existe ¿os parece si habrá recibido de algún otro su propia existencia?

¿Y de quién la había de recibir, si todo cuanto hay es obra suya y hechura de sus manos? respondió Enrique, á quien el Párroco se había dirigido, al hacer la pregunta anterior.

Bien pues, continuó el señor cura; por eso mismo que de nadie ha podido recibir la existencia, es necesario que siempre haya existido, ó lo que es lo mismo, es necesario que sea eterno. Ade-

mas veis que Dios no obra solamente en un determinado lugar ó espacio, si no que en los cielos, en la tierra, en el mar, en todas partes manifiesta su poder, en todo lugar se siente el influjo de su accion; y para esto es indispensable que en todas partes se halle, y no esté limitado ó circunscrito á una parte determinada del espacio. Esto es por lo que decimos que Dios es inmenso.

Nada os diré de la omnipotencia, ó poder sin límites del criador, porque el que todo lo ha hecho, claro es que todo lo puede.

:

Si la grandeza de las obras de Dios prueba su ilimitado poderío, el orden maravilloso, con que todas ellas están dispuestas, demuestra hasta la evidencia su infinita sabiduría. Decidme sino ¿no tendríamos como un general de ciencia consumada al que supiese dirigir las operaciones de mil ó dos mil batallones, de modo que todos ellos siempre obrasen, y de concierto, sin que nunca los unos embarazasen ó entorpeciesen las maniobras de los otros? ¿no mirariamos como á un maestro de escuela, perito en el arte de la enseñanza, á quien fuese capaz de dirigir una clase

de mil ó dos mil muchachos , de manera que todos ellos se instruyesen , y jamas los progresos de unos retardasen los adelantamientos de los demás? ¿cómo, pues, podremos menos de reconocer una sabiduria infinita en el que tantos millones de seres diferentes ha criado, estableciendo entre todos ellos mutua correspondencia, órden maravilloso, concierto y armonia perdurables?

Verdaderamente , dijo á esta sazón Adelaida , que es menester suma inteligencia para hacer lo que Dios hace. Dígolo por lo que á mi me cuesta hacer un

ramo de rosas, y eso que no soy de las más torpes, según suele decir mi maestra doña Josefa, solamente para tantear los colores empleo una mañana entera, y me doy por muy contenta, si salgo bien con ellos; pues no digo nada si tubiera que hacer flores tan variadas y hermosas como las que tenemos en el jardín.

¿Y qué te parece, hija mía, le dijo Herman, que son las flores de nuestro jardín, en comparación de las muchas que se conocen en la naturaleza? Son menos todavía, no lo dudes, que un grano de arena respecto de un

monte, que una gota de agua en comparacion del vasto oceáno. Y aun toda la variedad y hermosura de las flores es insignificante comparada con la hermosa variedad de todos los seres que pueblan el universo.

Seria nunca acabar, dijo el Párroco volviendo á tomar la palabra, el detenernos en ponderar uno por uno los motivos que nos suministran las criaturas para reconocer y confesar la ilimitada inteligencia de su hacedor; yo créo que vosotros no necesitais mas que lo que acabais de oir, asi de mi boca como de la de vuestro papá, para que no du-

deis de que Dios es un ser infinitamente sabio, y que en la creacion de todas las cosas no ha obrado ciegamente y sin desig-
nio, sino proponiendose algun obgeto, y manifestando en todo la mayor inteligencia.

Si despues de haber conocido los infinitos tesoros del saber divino, deseais todavia saber cuales y cuantas son las cosas que Dios conoce, os diré que Dios sabe cuanto existe, ha existido y ha de existir: todo es para Dios tan presente como para nosotros lo que sucede á nuestra vista; nada absolutamente hay que se oculte al divino entendimiento,

porque ¿cómo no ha de conocer Dios las cosas que el mismo hace, ó ha hecho, y las que tiene resuelto criar en la sucesion de los tiempos? ¿Qué artífice es el que antes de hacer una obra, no tiene exacto y cabal conocimiento de todas y cada una de las partes de que la obra ha de componerse? Además que, como os he dicho anteriormente, Dios está en todas partes, ¿cómo pues, podrán menos de estarle todas las cosas presentes? Asi es que á Dios no podemos ocultar ninguna de las obras que hacemos; le son patentes y manifiestos los pensamientos mas secre-

tos de nuestra alma, y los deseos mas escondidos de nuestro zón. Ved aqui cuan torpemente nos engañamos, cuando para obrar mal, nos creemos seguros con evitar el ser vistos de los hombres.

¿Cómo es posible, señor cura, preguntó Enrique, que Dios sepa lo que yo pienso, y conozca lo que yo deseo? Pareceme esto cosa imposible, y quisiera mereceros el obsequio de que os tomaseis la incomodidad de disipar mi ignorancia sobre este particular.

Mucho celebró el venerable Párroco la libertad que usaba

Enrique, y mas todavia los deseos de instruirse, que con haber hecho semejante pregunta manifestaba, y dirigiendole la palabra se esplicó de esta manera: Yo recuerdo, Enrique de mi alma, que dias pasados cuando tuve tambien el gusto de acompañaros en el paseo te incomodabas con mi sobrino y amigo tuyo Casimiro porque no te daba cuenta exacta, no me acuerdo de que cosa, que habia sucedido á su presencia. Insistia Casimiro en que no estaba bien enterado, y tu por el contrario atribuías con empeño sus escasas explicaciones á que no gus-

taba de satisfacer tu curiosidad por entonces.

Hechó de ver Casimiro que Enrique no recordaba la contienda á que aludia su señor tío, y para traersela á la memoria le dijo: sin duda habla mi tío de cuando te empeñaste dias pasados en que te habia de decir, porque causa habian regañado Perico el sobrino de la señora Blasa, y Esteban el del confitero; sin que fuese bastante para tranquilizarte el que con la mayor formalidad mas de una vez te asegurase, que, á pesar de que me hallaba presente, no me habia enterado de los motivos que

habia habido para aquella desagradable ocurrencia, y cuando te diga lo que he sabido despues, verás como no fué tan fácil enterarme como tu piensas.

Pareciame imposible replicó Enrique, que hallándote presente dejases de saber á punto fijo lo ocurrido en un asunto que, ya por haber tenido que mediar la justicia ya porque vinieron á pedir el balsamo á mi mamá, excitó mi curiosidad: y por esto estuve tan tenaz y porfiado.

Ola! ola! señor Enrique, dijo entonces el Párroco, que no esperaba sino oir esta confesion de su boca, con que, porque Ca-

simiro se hallò en el juego de pelota, cuando se indispusieron los muchachos, te pareció imposible que dejase de saber prolijamente cuanto allí tuvo lugar aquella tarde. Y que ¿Dios no se halla en tu misma alma, y dentro de tu corazón? ¿A qué pues, parecerte difícil que entienda y conozca cuanto pasa allá en tus adentros? Lo extraño sería que, hallándose allí, ignorase lo que allí pasa y sucede.

Ademas ¿te parece si el artífice que ha hecho el reloj, que lleva tu papá, conocerá perfectamente todos sus resortes, qué es lo que hace cada una de sus

ruedas, y el fin para que sirven todas las piezas de que se compone? Pues ¿porque Dios, que ha criado al hombre y le ha dado la inteligencia, no ha de conocer todas las interioridades de esta bella máquina y todos los pensamientos de esta inteligencia.?

Cuando esto decia el señor cura, ya el sol estaba muy próximo á su ocáso, y como el remusguillo refrescase la tarde, resolvieron bajar de la colina é irse volviendo poco á poco á sus respectivos domicilios. Quiso Herman acompañar al Párroco hasta la cruz verde, que distaba muy

poco de la aldea, y mientras este caminó andaban, tirando del brazo Enrique á Casimiro, hizo que se adelantase como unos veinte pasos, para poder conversar con él á su sabor y enterarse de cuanto relativo á la riña de Esteban y Perico, habia sabido Casimiro despues de la última entrevista.

Fue el caso, dijo Casimiro, que estabamos jugando á la pelota Perico, Cosme y yo; Perico se cansó el primero, y se tendió sobre el banco de piedra que hay debajo de la ventana de la escuela. En esto llegó Esteban y, como es tan juguetoncillo, co-

menzó á tirarle chinas. Esteban estate quieto, Esteban mira que te estes quieto, repitió varias veces Perico, y es mucho para su genio que tuvo á bien repetirlo dos veces, porque sabes que es chico que no se deja manosear de nadie, y por lo regular quien le hace una se encuentra la cara llena de dedos y la boca sin muelas ni dientes antes de tener tiempo para repetir la segunda. Pues como iba diciendo, Esteban tiraba chinas como si no supiese que Perico era Perico; por fin llegó la hora, menguada por cierto para Esteban, en que Perico comenzó á manifestar quien

erá; los que estaban allí dicen que no saben que fue mas pronto, si el levantarse Perico ó el caer Esteban echando sangre á mares por la boca y por las narices, y con una descalabradura, que el mismo Perico ha dicho despues no la ha hecho mayor, ni piensa hacerla en toda su vida. Los lamentos de Esteban fue la primera noticia que nosotros tuvimos del lance, y á la verdad, creyendo que no seria cosa de tanta monta, dijimos que nos alegrabamos por el genio tan osado y atrevido de Esteban, y tambien porque antes de emprenderla con Perico, nos habia

fastidiado cogiendo la pelota y sin dejarnos jugar á nuestro gusto. Yo, sabida la gravedad de la herida, no fuí de los últimos en echar á correr, y así ve como fué fácil que no estuviese bien enterado cuando nos vimos al día siguiente.

—Y ¿qué hizo Perico cuando vió caer tan mal parado á su contrario?

—¿Qué habia de hacer? lo que hice yo, y lo que hicieron todos, ausentarse de allí cuanto antes. Y lo acertó, porque si lo cogen, nadie le hubiera quitado el pasar tres dias en la cárcel.

—¿Y cómo pudo evitar que

le cogiesen luego en su casa.

—Afortunadamente, al pasar por la iglesia vió entrar al sacristan, y como este suele dejar la puerta entornada, por ella se coló; y sin ser visto ni sentido se subió á la torre en donde creo que pasó toda la noche. El alcalde fue á casa de su tia, y creyendo que le tendria escondido, la mnltó á suministrar de valde al herido los medicamentos necesarios.

En esto llegaron á la Cruz verde y, sentados á su pie, esperaron á los demas, que venian un poco mas atras. Despidieronse luego que llegaron muy cortes-

mente, y el Párroco prometió ir á buscarlos en el mismo sitio al dia siguiente, para continuar la instruccion que, con motivo de concluir la tarde, habian tenido que suspender.

Al dia siguiente en el rato de la siesta repitieron los niños la visita al señor Zenon, no olvidandose de llevar á la Adelaida, que no se hizo de rogar, cuando supo iba á oír una de aquellas historietas, con que solia divertirles el pobre viejo. No habia este olvidado la palabra que les habia dado, y despues de aquellas saluciones acostumbradas les refirió el cuento siguiente.

EL CUSANILLO DE LUZ.

Habia en un pueblecito de cuyo nombre no me acuerdo, una pobre viuda, llamada María, que en compañía de un hijo de nueve años, lloraba su viudez en un cortijo, poco distante de la población. Hacia ya como unos 9 meses que su marido habia muerto, y la tristeza de la pobre viuda era cada dia mayor. En una tarde de las mas largas del estío, y á la hora en que el sol oculta sus resplandores, estaba María en su aposento, triste cual

nunca, rios de lágrimas se desprendian de sus ojos, y en ellas reflejaban los rayos posteros del sol. Fernandito su hijo, que todo el dia la habia acompañado en las faenas domesticas no pudo menos de observar este nuevo acceso de dolor, y suspendiendo sus inocentes diversiones, fue á arrojarse á los brazos de su mamá. En efecto era el único objeto que podia consolarla, pero no fué bastante en esta ocasion para disipar la amargura que oprimia su corazon.

Era el caso que su difunto marido habia comprado aquel cortijo, obligándose á pagarlo en di-

ferentes plazos; una cantidad muy pequeña le faltaba que satisfacer cuando inesperadamente le sobrevino la muerte. Murió tambien un mes despues el antiguo dueño del cortijo, y los herederos hallaron entre sus papeles el contrato celebrado con Francisco, este era el nombre del marido de Maria. Sea porque no estuviesen orientados en el negocio, sea porque fuesen avariciosos, supusieron que no habia vencido ningun plazo, y que por consiguiente era suyo el cortijo.

No habia podido Maria hallar un librito donde Francisco ha-

cia sus apuntones, para manifestar los plazos vencidos y satisfechos. Elevada la cosa al tribunal este decidió que los herederos eran los dueños del cortijo, y en esta misma tarde se habia notificado á Maria la sentencia, intimándole al mismo tiempo desocupase la casa en el término de 48 horas. Esta era la causa de su dolor y de su amargo llanto.

No llores, mamá le decia Fernandito enterado ya de la causa de su afliccion ; acuerdate de lo que nos dijo papá , cuando estaba ya tan malito , poco tiempo antes de morir. *Dios es el pro-*

tector de las viudas y de los huérfanos, nos dijo estrechándonos entre sus brazos, acudid á él en todas vuestras necesidades, y él tendrá cuidado de vosotros, esto es lo que decia papá ¿es verdad? Si, hijo mio, respondió María á quien estas palabras habian hecho sensacion.— Pues, ¿porqué te afliges de esa manera? acudamos á Dios, y él mirará por nosotros. Cuando yo estaba con mi papá en el bosque jamas lloraba largo rato; si tenia hambre, ó me clavaba algun pincho al momento venia mi papá y me daba pan ó me sacaba la espina; Dios es tan bueno como

papá, no tiene el corazón duro é insensible para que deje de escucharnos. Vamos, mamá; vamos á pedir á Dios que el nos consolará.

— Razon tienes, hijo mio dijo la mamá, á quien las palabras del niño habian dado consuelo, y tamándole de la mano marchó con el á postrarse delante de un santísimo Cristo, y juntando las manos le dirigió una mirada con los ojos inundados de lágrimas. Fernandito hizo lo mismo, y comenzó á repetir con efusion las palabras de la madre. Padre mio, decia María, oid la suplica de una pobre viuda y de un huér-

fano desvalido. Sin recurso ninguno sobre la tierra, nos consolamos con que vos sois nuestro padre. Sacadnos, si os place del grande aprieto en que nos encontramos, y no permitais que la injusticia nos arroje de nuestros hogares; pero si vuestra voluntad fuese el que perdamos nuestra pobre choza y andemos errantes sin encontrar donde reclinar la cabeza, cumplase, señor, vuestra voluntad, pero no nos negueis las fuerzas para soportar la desgracia. No permitais que nuestro corazon se despedace de dolor, cuando espulsados de nuestra casa, sal-

gamos de ella para no volverla á ver jamas. La emocion que María experimentó al pronunciar estas últimas palabras, le impidió continuar en su piadosa plegaria. Fernandito estaba de pie á su lado y de repente comenzó á gritar: mamá, mamá, ¿qué es aquella estrellita, que ha entrado por la ventana? ¡qué hermosa es! y parece que se va acercando.

— Es un gusanillo de luz, dijo la madre; durante el dia es un insecto como todos los demas, pero apenas comienza á oscurecer, luce y resplandece como ves.

Y ¿podré cogerlo , sin que me haga daño? para lucir, ¿quema como el fuego?

—No, hijo mio, no quema cojelo sin temor, y examinalo de cerca que es una de las maravillas del criador, respondió María, risueña al ver la alegría de su querido hijo.

No fue menester mas para que Fernando olvidase su pena : echó á correr tras el gusanillo que para burlar la persecucion se metió entre un grande armario y la pared.

No tuvo Fernando paciencia para esperar á que saliese de allí el infeliz insecto , sino que su-

plicó á su mamá le ayudase á remover un poco el armario á fin de poder meter el brazo.

Al retirar el armario, se oyó caer una cosa entre él y la pared: era un legajo de papeles.

Inmediatamente encendió un cabo Maria para registrarlos y entre ellos halló uno firmado por el antiguo dueño del cortijo, en el cual decia: El dia de S. Martin ajusté mis cuentas con Francisco, y me quedó á deber cien reales del precio del cortijo.

No es para que yo os explique, dijo al llegar aqui Zenon, la alegría de madre é hijo al leer estos cortos reglones. Puestos

los dos de rodillas dieron gracias al señor por haber oído sus clamores. Maria se presentó al dia siguiente al juez que la habia condenado, y en muy pocos dias fue confirmada en la posesion del cortijo.

Asi es continuó Zenon despues de concluida esta historia, como Dios oye favorablemente las suplicas que se le dirigen con sencillez de corazon, y sin otras miras que de servirle y agradarle. Ved como envió un gusanillo de luz para manifestar á Maria el sitio y lugar donde habia de encontrar los domentos con que reparar la injusticia.